



DIEGO GRILLO TRUBBA

Crímenes coloniales II

Muerte anunciada en la Semana de Mayo



Buenos Aires, mayo de 1810. Tras la cruenta represión a las revueltas de americanos en La Paz y Chuquisaca, un navío trae una novedad: la Junta de Sevilla cayó a manos de las fuerzas napoleónicas. Ya no hay Rey, y los criollos ponen manos a la obra para terminar con el poder virreinal. Don Octavio Vázquez y López —librero, suerte de Sherlock Holmes del Río de la Plata— comienza a recibir una serie de misteriosos anónimos que lo advierten de un asesinato que se cometerá y que él debe impedir. Lo que el investigador —al que ayudará un equipo conformado por su hija Mercedes, sus esclavos Héctor y Rodrigo y sus amigos Juan José Castelli y Martín de Álzaga— desconoce quién será la víctima, quién el asesino, dónde, cuándo y cómo se producirá el crimen que, descubre pronto, podría hacer fracasar a la revolución en ciernes. En una trama policial que relata día por día y hora por hora la Semana de Mayo, aparecen como sospechosos quienes hoy son consideradas próceres —Cornelio Saavedra, Mariano Moreno, Manuel Belgrano, Domingo French, Antonio Luis Beruti y otros—, seres de bronce que se muestran con sus contradicciones, deseos, temores y metodologías —algunas discutibles— para arribar a la tan ansiada libertad.

Este es para Nico, mi hermano.
Y para Enzo Maqueira, amigo.
Y para Lu.

*En las revoluciones hay dos clases de personas:
las que las hacen y las que se aprovechan de
ellas.*

NAPOLEÓN BONAPARTE

PRÓLOGO. MARZO DE 1810

Donde hay satisfacción no hay revoluciones.

CONFUCIO

La mosca restregaba sus patas, a punto de darse un festín sobre el ojo izquierdo. Decenas revoloteaban alrededor: el zumbido rompía el silencio desparejo de una zona plagada de vientos. La tierra formaba remolinos en el aire como si, piadosa, deseara ilusionarnos de que lo que estaba ante nosotros era irreal.

—Es una advertencia —dijo mi padre, don Octavio Vázquez y López, con los ojos cubiertos de una pátina húmeda que aún hoy no consigo descifrar si era obra del viento o del espectáculo que teníamos ante nosotros.

De seguir por esa senda de tierra, tras varios días de sol cada vez más inclemente, tras montañas y acantilados, se llegaba a Lima. Gran parte de los bienes atracados en el puerto de Montevideo y luego derivados a Buenos Aires, si no conseguían clientes, tomaban ese camino en manos de mercaderes que soñaban con aprovechar el precio a medida que aumentaba la distancia.

—Un mensaje que los pinta de cuerpo entero —dijo Mariano Moreno, a quien las mejillas se le habían enrojecido de furia apenas llegó y aún luego de veinte minutos no se le apagaban.

Quizás porque estábamos al aire libre, en medio de la nada, no había olor. La carne había entrado en franco proceso de putrefacción, pero desde donde estábamos no se llegaba a percibir el perfume de la muerte. Tal vez la mosca que ya había hincado sus pinzas en la piel alcanzara a percibir algo más que el magro saldo de sangre que podía restar en aquella cabeza.

—¿Quién es? —preguntó don Cornelio Saavedra, los cabellos blancos revueltos por el viento.

—¿Importa? —le respondió Moreno, que contrastaba con el militar no solo por que era civil y en vez de uniforme llevaba una chaqueta marrón, sino por ser mucho más bajo y morocho.

Resultaba imposible descifrar quién era la víctima. La cabeza había sido arrancada del tronco, y se floreaba a la intemperie coronando una estaca de casi dos metros clavada a un costado del camino. La piel del cuello regalaba algunos jirones de carne que indicaban que, tras la eficacia de la horca, se había utilizado algún sable. Era un trabajo desprolijo, apurado. El ojo derecho ya no estaba. Bajo la nariz se podía adivinar un bigote incipiente que no supe determinar si se había esgrimido en vida o era obra del empecinamiento del cuerpo por continuar sus tareas. Dentro de la boca abierta solo se percibía negrura.

—Es uno, no importa quién —retomó Moreno, los labios finos apretados—. Es uno de cientos.

—Decenas —dijo Saavedra.

—Cientos —dijo Moreno—. Mataron a decenas, pero castigaron a cientos. A miles, le diría, pero no deseo exagerar. Castigaron, y ese es el mensaje.

Los rumores habían surgido apenas el sol asomó sobre el Río de la Plata. El nuevo virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, había indicado que plantaran allí, junto al camino que conducía a Lima, la cabeza de uno de los que habían participado de las rebeliones contra las autoridades del virreinato en La Paz y Chuquisaca.

—El mensaje es que harán lo mismo con nosotros si nos atrevemos a algo semejante —dijo Moreno.

Papá carraspeó. Saavedra, Moreno y los jóvenes Domingo French y Antonio Luis Beruti —los que, como nosotros, habían ido hasta el sitio al que apuntaban los rumores para cerciorarse de que no se tratase de otra mentira del virrey — lo observaron. Por un instante, el viento arreció con más fuerza. Luego, papá caminó hasta la picota y giró hacia nosotros.

—Como todo mensaje, es digno de interpretación —dijo—. Coincido con todos en que esta cabeza, en este lugar, es un mensaje. Sin embargo, los mensajes muchas veces van más allá de quienes los generan. Porque nosotros, al

recibirlos, los interpretamos. Y, si obramos con sabiduría, podemos obtener más datos de los que desean darnos. ¿Qué es lo que intenta decirnos Cisneros con la cabeza de este hombre que osó alzarse contra la corona? Que, tal como dijo mi estimado Mariano, si los criollos de Buenos Aires intentamos algo similar obtendremos un resultado idéntico. Sin embargo, para saber interpretar otras posibles aristas del mensaje, creo que es pertinente una pregunta. ¿Por qué el virrey se toma el trabajo de enclavar esta cabeza en este punto y que toda la ciudad susurre alborotada acerca de las masacres en La Paz y Chuquisaca? Poca gente obra en contra de sus intereses, y evidentemente en Cisneros hay uno fundamental: que remamos alzarnos contra la corona, que relacionemos el concepto de revolución con el de muerte. ¿Por qué desea nuestro temor? La respuesta es sencilla: porque sabe que soñamos con alzarnos, que ante los ingleses dimos muestra de que podemos manejarnos sin España y tomamos conciencia de que existe la posibilidad de gobernarnos a nosotros mismos. Si no fuera así, no desearía nuestro temor. Si no fuera así, esta cabeza no estaría plantada aquí, este mensaje evidente no sería emitido.

—Usted habló de que no hay una única forma de interpretar los mensajes —dijo French, que parado junto a su amigo Beruti se veía mucho más delgado que el otro, obeso, aunque ambos medían prácticamente lo mismo, como si se tratara de dos versiones, una inflada y la otra raquíca, de la misma persona.

Papá se palmeó la cabeza calva, simulando un olvido. Su sonrisa, sin embargo, me dejó entrever que era una teatralización, una forma de que prestaran más atención a lo que iba a decir, que había calculado de antemano.

—Hay dos interpretaciones que me resultan interesantes, por sobre la que desea imponernos Cisneros. La primera es que, si se tomó el trabajo de inculcar temor en la ciudadanía, es porque él teme a la ciudadanía. Y no se trata aquí de que nos advierta porque desee evitar derrama-

mientos de sangre: una autoridad que apenas llega de España manda a asesinar a los revoltosos para dar cuenta de su fuerza, no es avara en muestras bestiales. Nos teme. Si lo enviaron de España, es porque también allí nos temen. Si apenas llegó le quitó el poder a Liniers no fue porque lo considerase el corrupto que sabemos que era, sino porque temía que estuviese demasiado influenciado por los ciudadanos que habían repelido a los ingleses. Lo cual, por cierto, resultó erróneo y no solo eso: Liniers influenciaba más a la ciudadanía que la ciudadanía a él, y en una equivocación monumental la deposición que derivó en el destierro de hecho del francés en Córdoba no hizo sino enfurecer más a la población. Lo cual me lleva a la otra interpretación.

Hizo otra pausa teatral. Miró la figura decapitada, agitó las manos para espantar las moscas y luego apoyó la derecha entre los cabellos renegridos de aquel hombre que había osado retar el orden virreinal.

—La otra interpretación es algo que podría servirnos de lección. ¿Por qué fracasó este hombre? ¿Por qué fracasaron las revueltas que tanto éxito tuvieron al nacer, entre mayo y julio del año pasado, en La Paz y Chuquisaca? Porque a poco de triunfar sobre los españoles, de expulsarlos de las tierras, los distintos líderes comenzaron a luchar entre sí.

—También fracasaron porque ninguna otra ciudad se sumó —dijo Saavedra.

—Exacto. Lo cual me lleva a la siguiente pregunta. ¿Por qué no se sumó ninguna otra ciudad? Las mismas causas que llevaron a la revuelta, a ese germen revolucionario, están presentes en cualquiera de las ciudades del virreinato. ¿Por qué el resto no estalló? Porque se vieron las consecuencias indeseadas. Insisto: las luchas intestinas fueron sanguinarias. ¿Quién desea un proceso de riña constante? Hasta donde sé, la ciudadanía quiere vivir en tranquilidad. Solo busca la libertad cuando percibe su ausencia, y solo percibe su ausencia cuando está intranquila.

—La libertad es indispensable —dijo Beruti.

—No necesita convencer de eso a un admirador de Rousseau —dijo mi padre—. Lo que intento decir es que solo se percibe la ausencia de libertad cuando hay insatisfacción. Y en el virreinato hay insatisfacción. Y, por lo tanto, deseo de libertad. Pero también de llegar a un estado donde se pueda vivir en paz. Si se va a deponer a las autoridades españolas para matarnos entre nosotros, resultará titánico convencer a cualquiera de que debe sumarse. No solo eso: se está condenado al fracaso.

Moreno y Saavedra se miraron de reojo. Papá me destiñó una sonrisa de resignación.

—Pero ya estamos listos para deponer a Cisneros... —dijo Beruti.

—Lo que intenta indicarnos don Octavio es que aún no es el momento —dijo Saavedra—. Primero necesitamos debatir qué buscamos y cómo deseamos llevarlo a cabo, para no caer en el mismo error que los criollos de La Paz y Chuquisaca.

—En efecto, ese es el mensaje —dijo papá.

—Aunque, como usted dice, deberemos interpretarlo —murmuró Moreno con los ojos clavados en la cabeza sin vida.

—El mensaje —dije, en voz baja.

Recién entonces me percaté de que había olvidado darle a papá el sobre que le había llegado el día anterior. Para entonces él regresaba de San Isidro, a donde había ido a visitar a Juan José Castelli. Revisé en los bolsillos, y mis dedos dieron con la aspereza del papel y la dura suavidad del lacre.

Papá lo tomó y guardó en el bolsillo de su chaqueta. Lo abrió recién cuando regresábamos en la carreta hacia la ciudad que se dibujaba en el horizonte. Segundos más tarde, me mostró el papel con letras de imprenta. En sus cejas había un signo de interrogación.

—¿Quién le entregó esto? —preguntó.

Me encogí de hombros. No lo recordaba. Todo había ocurrido mientras atendía a varios clientes de la librería. Una mano me había acercado el sobre, una voz me había dicho «para don Octavio», lo tomé y volví al trato con la clientela.

En el papel estaba escrito:

*Único en su estirpe,
Negro en su corazón,
Asegura poseer la razón.
Sin embargo,
El error anida en la mente,
Susurra en el alma,
Ignora la verdad.
Nunca olvide, librero,
Aquello que lo motiva.
¡Tanta es su valía!
¿Olvida su deber?
Separe la revuelta
En partes iguales.
Acuda a la memoria:
Virreyes no son aliados
En tierras desleales.
Cuando llegue el momento
Ignore cierta violencia
Nunca toda
A riesgo del desprestigio.*

PRIMERA PARTE. VIERNES 18 DE MAYO

Todo poder es una conspiración permanente.

HONORÉ DE BALZAC

MEDIANOCHE

Mi padre era un hombre detallista, y para lograrlo se basaba en lo que él llamaba «mi metodología», que en verdad no era más que una rutina que nos obligaba a llevar a todos en la Librería de los Tres Reyes. Si debo ser sincera —y el objetivo al escribir esto, muchos años después de que ocurrió, es serlo—, papá establecía un método para todo. La forma de preparar la carne, los horarios de desayuno, almuerzo, merienda y cena, dónde y cómo efectuar las compras, qué días de la semana resultaba más práctico bañarse. Según siempre decía, el mundo era plausible de ser ordenado. Pero para ello, insistía, había que establecer métodos, protocolos.

En lo que se refiere al trabajo en la librería, por las mañanas Héctor y yo íbamos hasta el muelle de piedras blancas, tras el Fuerte, para recibir los posibles envíos de Montevideo. Cerca de las diez, mi tarea era indicarle a Rodrigo los títulos arribados. Cuando él encontraba quién era el cliente que lo había pedido me hacía una seña. La atención en la librería era tarea de papá y mía, aunque fundamentalmente de él: adoraba interactuar con los lectores, descubrir qué les gustaba de una obra u otra para deducir cuál era la más propicia para continuar. «Si alguien se aleja de los libros se aleja de la posibilidad de cambiar, decía, y todos necesitamos un cambio constante, aunque ordenado». A lo largo del día él anotaba los pedidos en distintos papeles, que yo reunía en un listado prolijo tras la cena, cerca de la medianoche, para introducirlo en un sobre que entregaría al día siguiente cuando recibiera el siguiente pedido encargado.

Cuando comenzaba el viernes 18 de mayo de 1810 yo estaba en el local con Héctor. Él me leía los distintos papeles que habíamos encontrado en el negocio, yo anotaba con la pluma, mientras él aprovechaba el permiso para acariciarme las piernas por debajo de la mesa. Sonreíamos, cuando golpearon la puerta.

La mano de Héctor se paralizó en mi muslo, por un instante sentí cómo sus dedos atenazaban mi piel para, de inmediato, alejarse. Papá y Rodrigo llegaron desde la cocina, masticando lo que imaginé eran los últimos restos de las manzanas asadas que había para el postre.

Con lentitud, Héctor se acercó a la puerta. Giró la llave y, cuando la brisa nocturna ingresó para recordarnos que el frío comenzaba a apoderarse de la ciudad, Héctor se asomó y corroboró que no había ninguna persona en la calle. Primero supusimos que se trataba de alguna broma, pero al girar hacia nosotros encontró, entre sus pies descalzos, un sobre lacrado. Se agachó para tomarlo, y luego se lo acercó a papá.

—Está dirigido a usted.

Papá lo abrió. Luego, leyó en voz alta.

—Fúnebre es el acontecer / Ante la inacción absoluta. / Lúgubre es el futuro: / Traición de quien insulta. / Ahora es el momento / Para que comience su tarea / ¿O acaso el detective / Cambia según la marea? / Oráculos indican / Pasiones encontradas y / Admiraciones fragmentadas. / Rastros perecederos / Abrirán caminos tortuosos. / El destino de un librero, / La carga del más famoso. / Aquí, en este momento, / Se abren los interrogantes. / Es hora, entonces. / Siga hacia adelante: / Identifique, / Navegue, / Aülle, / Trague, / Ore.

Nos miró, boquiabierto.

Nosotros tampoco entendíamos el mensaje.

UNA DE LA MADRUGADA

La librería estaba a doscientos metros de Villota y Unquera —que hasta poco después de las invasiones inglesas se habían llamado, respectivamente, Del Cabildo y San José—, por lo que la corta distancia —sumada a la ansiedad de mi padre— nos incentivó a emprender el trecho que nos separaba de la Imprenta de los Niños Expósitos.

Rodrigo llevaba la lámpara encendida un paso adelante de nosotros. Papá caminaba con pasos largos, como si deseara llegar cuanto antes, y su enorme cuerpo gordo se bamboleaba. Héctor, como de costumbre, había aprovechado la oscuridad para tomarme del brazo, y yo para disfrutar de la tibieza de su contacto.

Pronto, en la esquina, tras los vidrios, divisamos las luces propias de actividad dentro de la imprenta.

—Estaba seguro —dijo mi padre, con orgullo.

Golpeó la puerta con fuerza, y no tardaron en abrirnos. Si bien nos sorprendió que una tarea propia de criados la realizara el arrendatario del local, don Agustín Donado, más lo hizo ver que tras él se encontraba la alta figura del virrey Cisneros.

—¿Qué hace aquí a esta hora? —le preguntó mi padre mientras ingresaba.

—La misma pregunta podría destinársela a usted —dijo el virrey, con un gesto agrio, mientras se llevaba un pañuelo perfumado a la nariz para ahuyentar el olor a tinta que impregnaba el lugar.

—Y supongo que también podrán hacérmela a mí —dijo una voz sutil y arrebatada.